

Las mentalidades religiosas en Inglaterra y España en el siglo XX: estudio comparativo

Frances Lannon

Lady Margaret Hall, Oxford

En el año 1988 Inglaterra conmemoró el cuarto centenario de la derrota del intento de invasión por Felipe II de España. En 1992 España conmemorará el quinto centenario, por una parte, del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón y, por otra parte, de la conquista del Reino de Granada por Fernando e Isabel. Estos acontecimientos han jugado un papel de una significación enorme en la configuración de la identidad nacional en ambos países, y en ambos casos los mitos referentes a la conciencia nacional han incluido con un carácter de centralidad importantes elementos religiosos. Es imposible entender las mentalidades religiosas en ambos países en el siglo XX sin una sensibilidad hacia la conformación de las culturas nacionales desde por lo menos los siglos XV y XVI.

Una de las palabras españolas que se ha convertido en una parte de la mitología histórica inglesa, hasta el extremo de que forma parte del vocabulario de toda persona inglesa, es la palabra *armada*. No importa cuanta investigación erudita se realice en los acontecimientos de 1588. La versión popular seguirá siendo que una poderosa flota enviada por Felipe II para conquistar Inglaterra para el catolicismo fue rechazada por bravos marineros, quienes salvaron a la reina Isabel y la Inglaterra protestante. Incluso en esta versión popular, sin embargo, ya hay problemas ocultos. Isabel fue la reina de Inglaterra y el País de Gales, pero las tropas inglesas y colonos ingleses reivindicaban en la misma época Irlanda como una parte de su reino. Si la unidad nacional y

el protestantismo fueron dos aspectos de la misma gloriosa realidad en Inglaterra, ¿qué se podría haber dicho entonces -y durante los siglos venideros- sobre el lugar de la Irlanda católica bajo el dominio inglés?

Además, en 1588 Isabel no fue la reina de Escocia. Pero en 1603 los dos países se encontraron bajo el mismo monarca, el rey Jaime, y en el año 1707 fueron formalmente unificados con la Acta de la Unión, que sigue vigente constitucionalmente hasta hoy. Escocia, como Inglaterra, se jactaba de ser una tierra de la religión reformada, pero su Reforma había sido calvinista, mientras la de Inglaterra no, y su protestantismo no podía ser asimilado a la Iglesia de Inglaterra. Las diferencias entre la Reforma Escocesa y la Reforma Inglesa eran tan pronunciadas que el Acta de Unión reconoció dos Iglesias establecidas o "estatales", la Iglesia de Inglaterra al sur de la frontera, y la Iglesia Presbiteriana de Escocia al norte. Para completar este cuadro confuso, la Iglesia de Irlanda fue la Iglesia establecida por los ingleses como Iglesia estatal en ese país, pero su anglicanismo encontró una recepción favorable sólo entre una pequeña minoría de la población, mientras la mayoría permanecía en el catolicismo. La paradoja de una religión estatal en Irlanda que fue rechazada por la mayoría de la población terminó en 1868, cuando el primer ministro Gladstone desestableció la Iglesia de Irlanda. En el País de Gales la Iglesia establecida se encontró también incómoda, en una situación minoritaria, hasta que el desestablecimiento de la Iglesia Galesa fue acordada por el gobierno liberal en 1914.

Así que en el Reino Unido de los años 90 hay dos Iglesias estatales establecidas, una anglicana en Inglaterra y otra presbiteriana en Escocia. No hay una religión oficial del estado ni en el País de Gales, ni en Irlanda del Norte. Pero sería equivocado pensar que incluso en Inglaterra la relación entre la identidad nacional y la ortodoxia religiosa de la Iglesia de Inglaterra ha sido sencilla o directa. La Contrareforma en España prácticamente eliminó el protestantismo de la vida española, y aseguró la hegemonía del catolicismo, que ha perdurado sin un rival cristiano de importancia hasta nuestra propia generación. Pero la Reforma en Inglaterra nunca creó una unidad religiosa parecida. Desde casi el principio tuvo que convivir no sólo con una pequeña minoría católica, que se mantenía especialmente en el noroeste de Inglaterra, sino también con grupos protestantes insatisfechos con el tono moderado del convenio de Isabel I, con el argumento de que no era lo suficientemente Protestante y que mantenía demasiados elementos de la práctica católica.

La primera ola de la disidencia protestante -conocida como la "Vieja Disidencia"- ya hizo que la uniformidad religiosa pareciese un logro improbable en Inglaterra para una fecha tan temprana como los principios del siglo XVII.

Los Baptistas, Congregacionistas, Presbiterianos, Quakeros y Unitarios se resistieron a la coerción estatal, y a veces pagaron precios altos en multas y cárcel por su actitud. La Monarquía y la Iglesia de Inglaterra fueron reestablecidas tras la gran crisis de la Guerra Civil Inglesa y la decapitación del Rey Carlos I, el período de la autoridad de Cromwell. Pero, sin embargo, era evidente que la Iglesia de Inglaterra no podía ser una Iglesia "nacional" en base a la exclusión de todos los demás, como fue la Iglesia Católica en España. Desde los primeros años de la restauración fue necesario tolerar a las alternativas, aun cuando los disidentes sufrieron inconvenientes legales. Por ejemplo, cualquiera que no estuviera dispuesto a jurar su fe en los 39 artículos -la definición acordada de la doctrina anglicana- no podía detentar cargo político alguno ni asistir a Oxford o Cambridge.

Después, en el siglo XVIII, la "Nueva Disidencia" del metodismo de John Wesley creó una adicional y muy atractiva alternativa a la religión establecida. Alcanzó un éxito notable en ciertas partes del país -el noreste industrial, Cornwall, zonas del País de Gales- y sus conocidos himnos y predicadores penetraron en los corazones de decenas de miles de personas a quienes no les habían convencido las ceremonias de la Iglesia de Inglaterra. Para mediados del siglo XIX todas estas Iglesias no-establecidas o "libres" llegaban a atraer en su conjunto tantos asistentes a sus ceremonias dominicales como la Iglesia de Inglaterra¹.

La competencia a la Iglesia de Inglaterra desde el lado católico se vio enormemente reforzada en la segunda mitad del siglo XIX con la inmigración masiva desde Irlanda, provocada por el derrumbamiento de la economía agraria de ese país. Jornaleros agrícolas irlandeses llegaron en masa a las ciudades industriales de Inglaterra, en especial a Liverpool, y empezaron a crear un nuevo catolicismo a gran escala, urbano y obrero. A principios del siglo XX los católicos ya alcanzaron un 10% de la población de Inglaterra. La composición del catolicismo inglés se hizo más variada, dado que muchos de éstos ascendieron en la escala social. Pero la Iglesia Católica siguió manteniendo una proporción más elevada de practicantes en sus iglesias que la Iglesia de Inglaterra. Es sorprendente constatar que en los años 1980 había más católicos practicantes que anglicanos practicantes en la mayoría de las grandes ciudades de Inglaterra². Sería difícil imaginar una evolución más extraordinaria en un

¹ La fuente de nuestros datos acerca de la asistencia a las Iglesias a mediados del siglo XIX procede el Censo Nacional de 1851 -el único que contempla este tipo de información-, el cual preguntaba a las personas si habían asistido a la Iglesia y a cuál de ellas el domingo anterior.

² A. HASTINGS, *A History of English Christianity, 1920-1985* (London, 1986), p. 604.

país cuyos mitos de nacionalidad han hecho identificar a Inglaterra con la reforma protestante y el rechazo a Roma. Un símbolo adicional de esta inversión es que con la reciente designación como nuevo arzobispo de Canterbury (el puesto eclesiástico más alto de la Iglesia de Inglaterra) del poco conocido George Carey, es casi seguro decir que el obispo de Inglaterra más reconocido espontáneamente por la población como dirigente nacional espiritual sea el Arzobispo Católico de Westminster, el muy respetado cardenal Basil Hume.

Así que, en un sentido muy importante, la Iglesia de Inglaterra nunca ha sido en ningún momento desde el siglo XVII una Iglesia nacional capaz de imponer una uniformidad religiosa comparable a la Iglesia Católica en España. Al contrario, se ha visto obligada a tolerar rivales que han ejercido una gran influencia, tales como la Vieja y Nueva Disidencia y el auge del Catolicismo, y no puede reivindicar el tener el cuerpo más grande de adherentes activos, aunque siga siendo la religión nominal de la mayoría de la población.

La historia de la libertad religiosa en Inglaterra y en España es entonces una historia de contrastes. Los intentos en España para introducir la libertad plena de creencia religiosa, en 1869 y de nuevo en 1931, fueron de corta duración. Durante la mayor parte de los siglos XIX y XX no sólo fue el catolicismo la religión del estado, sino que los derechos de las demás confesiones cristianas para organizarse o predicar se vieron fuertemente restringidos. Además, la Iglesia Católica disfrutó de un papel muy privilegiado en la educación, la censura, y ejerció una influencia sobre la legislación. La libertad religiosa no fue introducida definitivamente por el estado español hasta 1967, cuando el régimen de Franco no tuvo más opciones que no fuera la de adoptar la declaración de libertad religiosa decretada por el Segundo Concilio Vaticano. Durante la mayor parte del largo período que abarca desde la Contrarreforma, España ha tenido una ortodoxia religiosa, mantenida poderosamente por el estado así como por la Iglesia. El catolicismo ha sido inevitablemente asociado no sólo con la devoción, la fe, la unidad y la identidad nacional, sino también con la coerción y la represión.

En contraste, la Iglesia de Inglaterra ha llegado gradualmente a entenderse con una tolerancia cada vez más completa hacia las confesiones rivales. En 1828 la revocación del *Test and Corporations Act* abrió el camino para que los disidentes protestantes (o, como suele denominárseles hoy en día, los no-conformistas) pudiesen acceder a los cargos públicos. En 1829 la Emancipación Católica levantó los inconvenientes civiles y políticos para los católicos, y esto a pesar de que en la Cámara de los Lords 16 obispos anglicanos votaron

en contra y sólo 8 a favor³. Desde entonces, para disgusto de muchos anglicanos, los no-conformistas y católicos podían sentarse en los consejos municipales o convertirse en miembros del parlamento. En 1906, por primera vez, una mayoría de los miembros del parlamento no eran anglicanos. El *Marriage Act* de 1836 liberalizó los asuntos religiosos de una manera diferente cuando, en palabras recientes de un historiador, «puso fin a los derechos exclusivos de la Iglesia (de Inglaterra) sobre el matrimonio»⁴. Los disidentes protestantes ya podían casarse en sus propias capillas sin necesidad de intervención por parte de la Iglesia de Inglaterra, y los matrimonios de carácter puramente civil también fueron permitidos. Con la *Registration Act* del mismo año, el estado se hizo cargo del registro de nacimientos, bodas y defunciones de la Iglesia. Aunque la Iglesia de Inglaterra siguió siendo, como lo sigue siendo hoy, la Iglesia estatal de Inglaterra, sus vínculos con las funciones políticas y burocráticas del estado fueron aflojados de forma irreversible por esta serie de leyes de hace un siglo y medio.

Un área donde la naturaleza de los vínculos entre la identidad nacional y la cultura, la religión y el estado ha sido a menudo contravertida en Inglaterra es la de la educación. Como en tantos otros países europeos en el siglo XIX, la cuestión de quién iba a proveer y controlar la educación de las masas a los niveles primario y secundario resultó ser dura de resolver sin una disputa amarga. Los disidentes y católicos contestaron las reivindicaciones de la Iglesia de Inglaterra para gestionar las escuelas de la nación, y su presencia en el parlamento les dio un medio efectivo para expresar su descontento frente a la idea de que el dinero público debería de proveer una educación anglicana para todos. En 1870 la *Education Act* de Foster reconoció por primera vez la responsabilidad del estado en la provisión de la enseñanza. Pero no intentó reemplazar las escuelas existentes por un sistema de escuelas nacionales y seculares, como lo hizo la Segunda República en España en los años 30, con consecuencias tan desastrosas. Ni insistió -esto habría sido totalmente imposible- en que todas las escuelas deberían ser anglicanas. Como afirmó en ese momento con franqueza un clérigo de la Iglesia de Inglaterra, «La Iglesia no es la nación; y de lo que se trata es de una medida nacional»⁵. En su lugar, se estableció un sistema dual de escuelas gestionadas, por un lado, por las distintas confesiones -anglicano, católica o no-conformista- y, por otro, por el estado

3 G.I.T. MACHIN, *Politics and the Churches in Great Britain, 1832-1868* (Oxford, 1977).

4 E. NORMAN, *Church and Society in England, 1770-1970* (Oxford, 1976), p. 108.

5 E. NORMAN, p. 207. Para una visión completa de las controversias sobre educación, véase G.I.T. MACHIN, *Politics and the Churches in Great Britain, 1869-1921* (Oxford, 1987).

(más precisamente, por las autoridades locales). En las escuelas de autoridad local se incluía en la enseñanza una clase de cristianismo básico sin definición. Y en todas las escuelas los padres podían eludir para sus hijos la instrucción religiosa por motivos de conciencia. El Act de Foster aseguró una pluriformidad auténtica de la provisión religiosa.

Una desarrollo adicional de un significado enorme sucedió en 1902, cuando una nueva Acta de Educación estipuló que las escuelas definidas o confesionales podían ser subvencionadas desde los impuestos públicos. Esta misma medida fue continuada en el Acta de Educación de Butler de 1944, que proveía una educación secundaria gratuita hasta la edad de 15 años para todos los niños. El erario público soportaba los gastos ordinarios de la gestión de las escuelas de la Iglesia, y también una parte de los gastos de capital. Esta parte se hizo cada vez más grande en los años siguientes, hasta que en 1967 alcanzó el 80% de todos los gastos de nuevas construcciones y otros gastos de capital. Ha habido una serie de leyes que han hecho posible que la Iglesia Católica de Inglaterra, además de la misma Iglesia de Inglaterra, haya podido mantener una enorme red de escuelas gratuitas a niveles primario y secundario. Son financiadas por el estado, en gran medida construidas por el estado, inspeccionadas por el estado, pero su organización, control y provisión de personal siguen las líneas definidas por la confesión.

El desarrollo y mantenimiento de estas escuelas se ha convertido en la principal prioridad para los obispos católicos. Los no-conformistas protestantes han hecho un uso relativamente escaso de esta oferta de subvención estatal, e incluso la Iglesia de Inglaterra no le ha otorgado tanta importancia como la conferida por la jerarquía católica. Es la Iglesia Católica la beneficiaria a largo plazo. Muchos observadores creen que la práctica establecida en Irlanda del Norte de segregar a los niños en sistemas escolares diferentes en base a su afiliación confesional ha ayudado a institucionalizar y perpetuar las profundas divisiones sectarias que existen allí entre católicos y protestantes. Pero en Inglaterra la educación segregada ha permitido que el catolicismo florezca sin causar profundas divisiones sociales. De hecho, la existencia de la pluriformidad dentro de la educación subvencionada por el estado probablemente ha contribuido tanto como cualquier otro factor en el siglo XX a que haya una tolerancia religiosa tanto social como legislativa. Ciertamente no ha obstaculizado una más tardía socialización a través de las fronteras confesionales, en particular con el auge del sentimiento ecuménico desde el tiempo del Segundo Concilio Vaticano. Una señal de lo dicho son los patrones de matrimonio. Ya

en 1963, por primera vez, más de la mitad de los matrimonios oficiados en las iglesias católicas incluían un cónyuge que no era católico⁶.

Durante un período de doscientos años, la Iglesia "establecida" de Inglaterra ha aprendido a convivir con una cada vez más compleja pluriformidad religiosa. Los intentos en el siglo XVI de crear una iglesia nacional que abarcara al conjunto fracasaron. Los disidentes protestantes se convirtieron en una parte aceptada de la sociedad inglesa hace muchas generaciones. Y aunque los mitos de la identidad nacional afirmaron que Inglaterra era protestante, y aunque los prejuicios en contra del catolicismo permanecieron fuertes a través del siglo XIX y todavía no hayan desaparecido del todo hoy, el catolicismo también es una parte aceptada de la cultura inglesa de una manera que habría sido impensable en la época cuando, en 1588, los ingleses lucharon para proteger a Inglaterra no sólo de España sino también del catolicismo.

El cuadro no queda completado con esta pluriformidad cada vez más amplia. El movimiento ecuménico ha servido de estímulo para que muchos se consideren como cristianos en primer lugar, y como metodistas, anglicanos o católicos en el segundo. Los teólogos han celebrado diálogos (metodistas-anglicanos y católicos-anglicanos), intentando encontrar un terreno común en cuestiones de disputa doctrinal. Al nivel parroquial, los servicios ecuménicos han sido celebrados en común. Quizas aun más notable que esto, sin embargo, es la manera en que ciertos temas no crean divisiones ahora entre las varias Iglesias sino a través de ellas. Desde los años 60 ha habido un poderoso resurgimiento de la Cristianidad "evangélica" de una clase o de otra dentro de todas las iglesias cristianas. Las señales de un resurgimiento evangélico incluyen un énfasis en la conversión personal, una desconfianza hacia la teología liberal y hacia la exégesis bíblica radical, y un entusiasmo para los grupos de oración y los himnos y cánticos populares. En un extremo, incluye las expresiones carismáticas, hablas coloquiales y curación de fe. Este resurgimiento no ha sucedido exclusivamente dentro de alguna de las denominaciones específicas, ha estado presente en todas ellas, desde los católicos hasta los baptistas. Anglicanos "evangélicos" y católicos "carismáticos" a menudo sienten que guardan más en común los unos con los otros que respecto a otras secciones de sus propias iglesias.

Otro tema de una importancia enorme que atraviesa a las Iglesias es la ordenación de las mujeres. Desde hace algunas años, los congregacionalistas y los metodistas han ordenado mujeres ministras. La Iglesia de Inglaterra tiene una larga tradición de decanasas, pero ahora se encuentra involucrada en un

largo y doloroso proceso, lo cual parece que va a desembocar en la ordenación de mujeres-curas. Algunos curas anglicanos han ingresado en la Iglesia Católica a raíz de este asunto, pero sigue siendo cierto que algunos católicos están tan profundamente decididos a favor de la ordenación de mujeres como muchos anglicanos y no-conformistas. Los cristianos ya no se dividen -si es que alguna vez lo hicieron- por meras líneas confesionales.

Nada de todo esto, sin embargo, implica que Inglaterra sea un país de fieles. Se hizo evidente en una fecha tan temprana como 1851 que menos de la mitad de la población asistió a las iglesias los domingos. Incluso la Iglesia Católica, que ha tenido el mayor grado de éxito en convencer a sus miembros de que asisten a misa, sólo podía mostrar una tasa de "práctica" de un 32% a finales de los años 70, lo cual representó una baja del 40% (es decir, un descenso del 8% respecto al decenio anterior)⁷. En otras confesiones la tasa es mucho más baja. Probablemente, menos de una persona de cada diez en Inglaterra asiste a la iglesia los domingos de forma habitual. La asistencia de muchos es ocasional, y algunos sólo asisten a los "ritos de paso". El número de los que se consideran cristianos es mucho más alto, por supuesto, y hay un apoyo ampliamente extendido para las escuelas de las Iglesias, para la educación religiosa de los niños, y también para un cierto nivel de programación religiosa en la radio y la televisión. Pero es evidente que para sectores muy grandes de la población inglesa, la religión no forma una parte urgente o significativa de la vida. Y en Inglaterra -aunque obviamente no en el Norte de Irlanda- hace tiempo que la religión dejó de ser un asunto con carga política. Las últimas elecciones generales en Inglaterra en los cuales la controversia religiosa jugó un papel verdaderamente central fueron en 1906, cuando el enfado no-conformista con la Acta de la Educación de 1902 ayudó a asegurar una triunfo liberal.

La educación, el divorcio, los anticonceptivos, e incluso el aborto, no han tenido en la actualidad en Inglaterra en términos comparativos la fuerza explosiva que han alcanzado en la política española. Si la religión asumiera otra vez un papel más central en los debates públicos y sociales, parece probable que esto surgirá a través de presiones ejercidas desde fuera de las Iglesias cristianas, por otras minorías religiosas, especialmente los musulmanes, quienes han inmigrado a partir de los años 50. La campaña en curso para colegios separados para las niñas musulmanas, con un sistema de valores musulmán pero gozando de una subvención estatal, está suscitando una amargura en ambos lados que no ha sido contemplada en el debate acerca de la educación religiosa

7 A. HASTINGS, p. 604.

desde hace décadas. De forma parecida, la reivindicación musulmana de una legislación de censura para proteger a su religión de ataques literarios o de la sátira ha provocado manifestaciones masivas de gran pasión en centros de población musulmana, especialmente en la ciudad norteña de Bradford, lo cual sugiere que la armonía religiosa en Inglaterra puede ser más frágil de lo que habíamos pensado.

Pero con estas excepciones en las que se produce una combinación de religión con etnicidad, la religión no ha sido un foco de atención para el debate social o político en Inglaterra -al contrario de lo sucedido en Irlanda del Norte y incluso hasta cierto grado en Escocia- en las últimas décadas. La larga coexistencia de distintas clases de cristianismo ha ayudado sin duda a legitimizar la idea de que las personas deben ser libres para escoger y practicar cualquier religión que quieran. Y también ha ayudado probablemente a nutrir la amplia indiferencia hacia toda religión, que es una característica de muchos sectores de la sociedad inglesa. Más de un 60% de la población todavía describe a su religión como "Iglesia de Inglaterra", y una mayoría más grande dice que cree en Dios, pero estos compromisos parecen algo vagos, y no encuentran mucha expresión pública.

En España, los mitos combinados de catolicismo y identidad nacional han sobrevivido algo mejor hasta tiempos muy recientes. El país que llevó el catolicismo al Nuevo Mundo se cuidó mucho de no verlo socavado en casa. De manera parecida, la expulsión de los judíos y musulmanes en el siglo XV creó una tradición de una ortodoxia de cruzada de corte religioso-nacional, en la cual cooperaron la Iglesia y el Estado. Uno de los contrastes más interesantes en la historia religiosa de España e Inglaterra es el papel mucho más prominente y efectivo que ha jugado el Estado en España en proteger e imponer la ortodoxia religiosa. Durante largos siglos, las versiones alternativas de la Cristiandad fueron mantenidas alejadas. Su consecuencia fue que los dirigentes católicos y los críticos del catolicismo se dirigían al Estado para hacer prosperar sus causas. Si el estado pudo defender las doctrinas católicas por medio de la Inquisición o la censura, también pudo apoderarse de las propiedades de la Iglesia, como hizo en las grandes desamortizaciones del siglo XIX, o decidir la disolución de los jesuitas, como hizo en los años 1766 y 1931. En épocas de armonía o en épocas de conflicto, las relaciones entre la Iglesia y el Estado en España tradicionalmente han sido estrechas. Han sido relaciones de interdependencia en vez de responsabilidades autónomas, y ambos han reivindicado el poder de representación de la nación. De hecho, todavía se da el caso hoy en día, tras la separación de la Iglesia y el Estado en la Constitución de

1978, que la Iglesia a menudo reivindica el hablar en nombre de la nación en contra del Estado en temas morales que incluyen el divorcio y el anticoncepcionismo.

Un resultado inevitable de esta interdependencia ha sido que los temas religiosos siempre han tenido una enorme sensibilidad política. Jugaron un papel notoriamente grande en las guerras civiles de los siglos XIX y XX, como también fueron centrales en la definición de Moderado contra Exaltado, y más tarde de Liberal contra Conservador, y más tarde aún en el anti-Republicano contra el Republicano. De hecho, se podría decir que el rasgo más distintivo de la religión en España desde la Contrarreforma hasta el presente ha sido su inseparabilidad de la política. Esto, a su vez, ha sido determinado en parte por la hegemonía religiosa del catolicismo y su posición sin parangón como la Iglesia nacional a la vez que Iglesia establecida. También se ha visto reforzado por la larga dependencia del Estado respecto de la Iglesia, hasta fechas tardías del siglo XX en la provisión educacional y de bienestar, y en muchos aspectos burocráticos tales como registrar matrimonios y defunciones.

No hay que sorprenderse de que la imagen de espejo de la hegemonía católica haya sido un anti-clericalismo amargo, totalmente desconocido en Inglaterra. El anti-clericalismo en la Europa de los siglos XIX y XX tiende a haber sido un fenómeno de los países o regiones católicos. Bien podría haber sido el precio de castigo pagado por España por haber proscrito las alternativas protestantes al cristianismo católico, dado que dejó poca opción para los críticos y enemigos del catolicismo que no fuera la oposición frontal en vez de la mera opción por alguna otra afiliación religiosa. Además, la oposición al catolicismo apenas podría evitar el enfrentamiento con el poder estatal que estuvo detrás del catolicismo. El anti-clericalismo corrosivo, a menudo violento, ha sido tanto una característica de la vida española como lo ha sido la ortodoxia católica.

Las experiencias históricas de la religión y su lugar en la vida nacional en España y en Inglaterra difícilmente podrían haber sido más diferentes, aunque en ambos casos ha habido una larga tradición de una iglesia establecida, y en ambos casos la religión ha formado un componente central de los mitos de identidad nacional. Pero también hay similitudes. En ambas sociedades, la práctica de la religión se convirtió en el siglo XIX en un rasgo de nuevos sectores burgueses y de sectores terratenientes tradicionales, y falló estrepitosamente en atraer al proletariado urbano o -en el caso de España- al proletariado rural del sur y del centro. En ambos casos, la fe fue a menudo identificada con la cultura de la respetabilidad y permaneció como algo alienado a la cultura de

Las mentalidades religiosas en Inglaterra y España en el siglo XX

la protesta social. Quizás, y lo más fundamental de todo, la indiferencia religiosa ha sido durante largo tiempo una realidad de masas en ambas sociedades, y desde el fin del régimen de Franco se ha convertido paulatinamente en algo más posible, como lo fue durante tanto tiempo en Inglaterra, el ignorar la religión, salvo que uno elija preocuparse de ello. A largo plazo, la tendencia irreversible se ha conducido hacia la privatización de la religión. En 1988, la Inglaterra que conmemoró la derrota de la *armada* española ya no era un país con una cultura protestante, unificada y nacional. En 1992, España conmemora el quinto centenario de la exportación del catolicismo al Nuevo Mundo, y la caída de Granada, pero lo hará con una cierta inseguridad mientras hace balance del gasto del largo viaje al pluralismo cultural.